



Arte: Cecilia Zuccarini





# CUBO BLANCO

---

NORA ANGELINA RUTIZ

---

*Olindas*

Rutiz, Nora Angelina  
Cubo Blanco / Nora Angelina Rutiz. - 1ª ed. -  
Río Tercero: Nora Angelina Rutiz, 2018.  
77 p.; 20x13 cm.

Olindas, 2018.

ISBN: 978-987-42-8665-9

1. Relatos I. Título  
CDD A863

Primera edición: Agosto, 2018

Este libro se terminó de imprimir en el mes de julio de 2018  
en Imprenta Dorrego S.R.L. - Buenos Aires. - Argentina.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en Argentina // Made in Argentina

Portada y diseño de interior: Baldoni, Victoriag

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley,  
cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública y transformación de esta obra  
sin contar con autorización de los titulares de propiedad  
intelectual. La infracción de los derechos mencionados  
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

*Para mi familia, mis grandes impulsos de la vida.*



## **Prólogo**

Seré ascensorista unos instantes...lustraré los dorados botones de mi saco rojo y abriré la puerta que los llevará a un Cubo donde los papeles arrojados cuando el año culmine se encuentren en su alocado vuelo, y las personas-fatalmente- no.

Y otro piso los transportará a un andén del pasado, con adioses silentes y culpabilidades intactas, y otra puerta será la que se abra en lo inconcluso, la de la posibilidad creadora que se detiene para siempre, porque para qué continuar lo ya acabado...

Sí, amigos, los cuentos que aquí se transitan pueden localizarse espacialmente en este pueblo que es el mío y en el que ustedes presupongan, tan universales son sus paisajes indeterminados, tan reconocibles sus personajes, sus niñas sin madre, sus hermanos hoscos, sus oficinistas mecanizados.

Y de universos grises se tratan los narrados por Nora, y de matices de grises agrisados como la vida misma, con poca o escasa luz, mínima expresión de esperanza, oscuridad luminosa de lo que pudo ser, pero no fue.

Y así arribamos a la búsqueda de la identidad

negada, a la certeza de una bala errante, a la aceptación de un amor más que imposible.

No se dirá que todo lo cubre el olvido y el desasosiego...también hay entrepisos menos amargos, Matilde tiene todas las posibilidades de. (Aquí los lectores completarán su historia, si les parece, la autora eligió no hacerlo, así que...)

¿Cuántos Antonios caben en un relato de dos personajes? ¿Queda espacio para la resignación de Josefa? ¿Cuál es ese espacio entre el paralelismo de dos vidas al que los convido a asfixiarse?

Quizá la respuesta se encuentre detrás de las nubes y no haya edificio, no existan los pisos relatados y todos sean ficciones cúbicas, ferroviarias, poderosamente imaginadas...

Pero recorrido sí haremos, uno real y vívido: el de estos cuentos sin anestesia, tan humanos todos...

Pasen y lean...

Viviana Raed.

Cubo Blanco



## **Cubo blanco.**

Sentado frente a un escritorio repleto de papeles sin sentido, se pasan las horas envueltas en olores extraños, impresoras que rechinan, café volcado, perfumes nauseabundantemente penetrantes.

Cada día de su vida es un clic, clic, clic, sentir su automático transcurrir varado en un mar de preguntas sin responder, tratando de cruzar al otro lado de su destino, armando y desarmando balsas precarias, de hilos y tristezas, a pesar de eso, se encuentra acá, sentado en un escritorio que no le pertenece, que no es capaz de hacer suyo y tampoco lo pretende, más bien le importa un carajo esas cuatro maderas falsas, falsas tan falsas.

Hoy es el día, hoy todo explota con miles de papelitos por el aire, los pensamientos van a ser libres como pájaros desbandados, nada retiene la euforia de patear el mundo con unos punta de acero, pesados, calurosos, zapatos que serán arrojados al espacio indefinido del olvido.

Al fin libre, cada minúsculo centímetro de piel, respirando el aire de quien no tiene cadenas, agotando la vida, arrojado a la nada indescifrable, colmada de vacíos,

despreocupada, en fin nada, la nada, su nada.

Aquí comienza, aquí termina.

Es un día como cualquiera, es el día de y el día aquel, suena un despertador, una campanilla en la oreja, una molestia conocida. El sol entra en pequeñas dosis a través de las fisuras de una vieja persiana, que con los años fue perdiendo flexibilidad, y llega al presente con algunas maderas menos, y cascarones de pintura, no se sabe si fue blanca, gris o simplemente madera reseca. La tierra ha rotado sus 24 horas correspondientes, y ha vuelto al amanecer de Gerónimo, vuelve a comenzar el recorrido, el peregrinar de las almas presentes, la nostalgia de las ausentes, que se han quedado al final del camino.

Es así que cada nueva mañana, sale de su cama, lava su cara, recubre su cuerpo, disimula su pereza a fuerza de café y golpes de agua, repetidos, violentos. Gerónimo trabaja en un cubo blanco, con orificios grandes pero disfuncionales, todo aire que penetra se vuelve humedad, tufo, acumulación de fatiga.

Ve entrar por la puerta cuerpos insufribles, que vuelven una y otra vez al mismo lugar, a cruzar la misma puerta, a saludar con la misma mano, a decir las mismas palabras, a contar las mismas rutinas.

Se sientan a su alrededor las mismas caras,

agotadas, acartonadas, desmemoriadas. Las palabras se buscan, en un punto del espacio se encuentran, se encadenan, se pasa del diálogo de mudos al de sordos, todos oyen pero nadie escucha, las manos arremeten los teclados y allí está Gerónimo, inmóvil, silencioso, observador, el introvertido del circo, pero funcional al fin y al cabo.

El día en que ella apareció, entró por esa puerta improvisando un saludo que no era más que una ficción, los ojos aterrorizados, la voz entrecortada y el control sinsentido del acto fallido, todo eso sucedía en el mismo instante en que él la miraba fijo, recorriendo su ser, captando sus delgadas piernas sobre unos zapatos bordo, un cuerpo escondido tras un trajecito marrón, ordinario pero elegante, un rostro pálido, unos ojos salvajes, medio verdes medio marrones, una pintura impresionista que sólo se contemplaba de lejos, una mujer hermosa, insulsa, surgiendo desde de la nada que la puerta separa del escritorio.

Entonces se dirigió a él lentamente, dubitativa, con una pregunta en la punta de la lengua, pero no tan en la punta porque no pudo largarla fácilmente, se enredó, cambiando el orden de las palabras, se rió, suspiró entreabriendo la boca, dejando escapar un aliento dulce.

Gerónimo se anticipó a sus frases, ordenando las ideas logró articular, bajo el deslumbramiento, las palabras, señalando tembloroso una puerta blanca a lo lejos, tan lejos. Desde su perspectiva aquella puerta era del otro lado del océano, sin embargo, él podía verla, podía llegar a sus límites y traspasarla, pero nada a su

antojo.

Desde una mueca de sus labios, ella devolvió un agradecimiento, quedando por unos segundos quieta y mirándolo, como si sus pies estuvieran clavados al piso, donde el cuerpo parecía querer arrancar y la fuerza de su curiosidad no podía apartarla de aquellos ojos tan particulares, que parecían estar leyendo su vida, analizando sus pasados, interrogando sus presentes. Ella lo miraba una vez más antes de girar a la derecha y dirigirse a la oficina contigua, la que en su puerta decía fulano de tal, gerente. Ella se perdía detrás de la puerta, él la buscaba, la seguía, la ocultaba más allá.

Berta tenía unos cuantos años menos que Gerónimo, unas cuantas horas menos de trabajo, una mochila algo más liviana de rutinas y desesperados asuntos pendientes, que renovaban su espera cada día a la espera de la oportunidad, esa que nunca llega.

Berta se movía con la frescura que tienen los que nada esperan de la vida más que el estar, el ser cada día, el tener sus amigos, sus días felices, sus broncas pasajeras, su orden cronológico de sucesos, sin sobresaltos ni sueños desvelados. Estar, transcurrir, emocionarse, pasar el día y saber que siempre vendrá la noche.

Berta y todos los días Berta, él por el contrario, es Gerónimo y cada día menos Gerónimo, dibujo a lápiz que desdibuja el tiempo. Ella se miraba al espejo cada mañana, maquillaba su rostro, se vestía para el gran teatro, disfrutaba un té que se enfriaba sobre la mesa, mientras recorría la casa en busca de todo su libreto, todo caía en ese espacio tan íntimo de su cartera, lugar donde otras manos no podían acceder, donde todo estaba planificado para desaparecer ante la presencia de un intruso.

Fue así que Berta se convirtió en una más de aquellas personas que cada día ingresaban por esa puerta, a la dimensión de las relaciones por compromiso y sin compromiso, compartía el aire enrarecido de las mañanas, suspiraba cada medio día y se refregaba los ojos a media tarde. A veces, la casualidad los reunía en una taza de café, otras veces en el aire se cruzaban las miradas, las palabras eran de rutina pero en definitiva no decían nada, las paredes siempre atentas no descansaban y ellos lo presentían, manipulaban el control y poco a poco se volvían cómplices.

- 22 de octubre de 2012. Tareas programadas.
- Limpiar el escritorio al llegar.
- Recibir correspondencia.
- Contestar correos electrónicos de los clientes.
- Preparar carpetas para la reunión de las 11 am.
- Etcétera.
- Etc.
- Etc.

Lunes de primavera, calor en aumento, traje, camisa, corbata, zapatos ajustados, fatiga de lunes. Pero al menos había un motivo para regresar al lugar donde una sola vez fue feliz, la primera vez que estuvo allí, el

primer día tan emocionante, todo demasiado efímero.

Pero ya hacía un mes que Berta había ingresado por la puerta, lo saludó, se miraron, cruzaron balbuceos, palabras a media voz. Hacía un mes que su pesadez se había vuelto más liviana, los días transcurrían con más armonía. Las horas que pasaba con ella, observándola, intentando armar un discurso en la cabeza para poder acercarse, preguntarle cada día lo mismo con la única finalidad de oírla, porque al hacerlo lograba agarrarse nuevamente de la soga, esa que tantas veces había querido soltar.

Ese día tomó coraje, respiró profundo, dio pasos firmes pero lentos, se dirigió a ella pensando cada palabra, al llegar frente a su escritorio se quedó un instante mirándola, fue tan breve, pero en su ansiedad se hizo interminable ese momento, se detuvo el mundo a su alrededor, un calor subía por su cuello, sentía que una línea roja llegaría al final del termómetro y explotaría por los aires, tantos secretos contenidos, las manos estaban sudadas, por momentos los ruidos se volvían confusos, como si estuviera dentro de un enorme estanque con agua. Sentía aire bajo sus pies, aire que no ascendía hasta su cara, se asfixiaba.

Entonces sentándose frente a ella... simplemente

dijo *¿café?*

La distancia se volvía cada día más perturbadora, estaba algo distraído, perdía la noción del tiempo penetrando en sueños desvelados, cada mañana era igual pero distinta, se levantaba, se vestía, se lavaba la cara, tomaba siempre aquel feo café recalentado, pero cada acto parecía nuevo porque crecía en él la posibilidad de algo nuevo. Tal vez un miércoles cambiaría el pie que apoyaba en el suelo al levantarse, comenzaría por ponerse la camisa antes que el pantalón, tal vez algún lunes estaría detrás de la puerta blanca y su nombre se transformaría de Gerónimo Espinosa a Fulano de Tal, Gerente.

Fue así que un día, Berta, se acercó lentamente a él, estirando su brazo derecho puso sobre su escritorio un pequeño papel amarillo, de esos que traen adhesivo en uno de sus lados, estaba cerrado en dos, pegado en uno de sus extremos, no podía divisar ninguna palabra ni predecir el motivo pero allí estaba el papelito frente a él y ella rápidamente se escapaba tras sus asuntos de oficina.

Allí estaba Gerónimo, indeciso, avergonzado, emocionado, conteniendo sus impulsos, escondiendo su sonrisa, ilusionado como un joven que ha estado esperando un gran suceso y éste había sido concretado, allí estaba el papelito amarillo, ante sus ojos, con un

mensaje impredecible que podía imaginar de mil modos, pero todos concluían en estar frente a frente con Berta, sin escritorios, sin papeles, sin obligaciones, sin voces entrometidas que cortaran el aire que entre ambos respiraban. Finalmente, tomó el mensaje entre sus manos, pero no se animó a leerlo frente a ella, se levantó entonces, caminó hacia la pequeña cocina o espacio en el que se tomaba café, se aflojaban las corbatas, se hacían crujir los dedos y se sacaba el cuero a tal y tal. Como si estuviera ante un tesoro que nadie había podido hallar, se agazapó detrás de la puerta, despegó lentamente el papel y con sus ojos comenzó a buscar las palabras. Nada, no decía nada...

De repente se sintió un golpe seco, una enorme paloma se estrellaba contra los vidrios espejados de la oficina, dejando una mancha oscura. Comenzaba a caer, tal vez seguía viva, tal vez su existencia se agotaría al golpear el piso, lo más probable es que estuviera agonizando antes de llegar a la ventana. Tal vez.

Tenía que volver, pero cómo, en su cara había desconcierto, apretando el puño desahogó su bronca, al tiempo que tragaba saliva amarga. Había estado tan cerca de la felicidad, pero lo bajaron a escopetazos del cielo.

Pasaban las horas y no lograba descubrir el misterio

ni las intenciones de Berta. La odiaba, la necesitaba, ensayaba palabras hirientes que la hicieran sentir culpa, pena, que la volvieran vulnerable. Largas listas de palabras, probaba gestos, caras, hacia ademanes con las manos, pero llegaba siempre a la misma conclusión, no quería perderla, se aferraba a su imagen detrás del escritorio. Aunque no fuera la verdadera felicidad, el tenerla cerca al menos lo mantenía contento. Sentía diluirse en lágrimas, la sangre en proceso de ebullición se alteraba dentro de su ser. Su cuerpo parecía enfermar cada hora un poco más, dentro de esas cuatro paredes, rodeado de gente, pero tan solo en su abatimiento.

Berta no reparaba en ningún gesto de dolor que el rostro de Gerónimo pudiera expresar, tal vez estaría gozando internamente su maldad, o quizá esperaría un asalto de valentía por parte de él, un brote de sinceridad, una confesión desesperada. Ella disfrutaba con el hecho de saber cuán importante era para la existencia de Gerónimo.

El día terminaba más vacío que como empezó, lentamente se apagaban las luces, se giraban las llaves. Los pasos avanzaban desanimados, cada zapato parecía un gran trozo de plomo arrastrado por las baldosas descoloridas de la avenida mayor, unas arrastradas más y llegaría a la parada de colectivo. El cartel indicaba

los lugares por donde pasaba, ninguno de ellos era el infierno porque para Gerónimo todos eran el infierno, la gran ciudad anocheciendo, moviéndose al ritmo de una melodía vertiginosa, una estampida de meteoritos en todas las direcciones.

Luces aquí y allá, sin embargo, él era una oscuridad profunda, ciego, sordo, desalmado, carente. Esperaba subir al transporte, y la ilusoria idea de encontrar un asiento vacío, a esa hora del día, lo hacía suspirar. Finalmente, llegaba el colectivo superpoblado de personas, qué quien sabe cuántas cosas iban pensando en el mismo momento en que nada podían hacer más que imaginar. Se acomodó entre la gente, cuidando sus pertenencias, tratando de no pisar a nadie, una vez que se sintió seguro, comenzó su propio viaje emocional y allí se conectaban todos los rostros desplazados por el ajetreo que las calles imponían al colectivo, por momentos el sueño rondaba, algunos cabeceaban y abrían los ojos como si abruptamente cayeran a un precipicio sin espacio.

Recordó su risa estrepitosa mientras el agua caliente de la ducha caía sobre su cuerpo, afiebrado, su recuerdo le contraía el estómago, lloraba con lágrimas en exceso húmedas, adormecido, desganado, finalmente cerró la canilla, se retiró del baño a medio secarse, con un toallón verdoso envolviendo la parte inferior de su cuerpo, caminó hacia la cocina y aun caían algunas gotas, que se deslizaban por los vellos de sus piernas, mojando el piso, donde se formaban diminutos charcos que posteriormente en contacto con la tierra serían manchas circulares, huellas de un ser extraño, que quedarían extintas al paso de un trapo de piso, todas se borrarían, hasta perderse, indefectiblemente.

En la mesa lo esperaba un plato con comida sobrante, porque Gerónimo hacía ya un largo tiempo que vivía solo y sus horarios no le permitían adentrarse plenamente en la cocina, tampoco era un apasionado al buen comer, solo procuraba saciar su apetito, único acto que le proporcionaba un mejor descanso aunque no siempre lograba dormir.

Había pasado largas noches dando vueltas en su cama, sin poder desconectarse del mundo, recordando los motivos por los cuales estaba donde estaba, preocupaciones necesarias que justificaban su existencia, largas noches,

donde escuchaba bullas, susurros, escuchaba la vida en su carrera. Pensaba en Berta, en el papel, en su silencio. Reprimía sus necesidades de piel, oprimía contra su pecho la almohada, cerraba los ojos y la boca con fuerza, como un auto flagelo para no sentir, porque las necesidades lo perturbaban, le exigían con urgencia. Le gritaban en la cara su soledad.

Una mañana de camino al trabajo, Gerónimo se propuso seguir a Berta hasta su casa, quería saber algo de ella que la simple observación no le permitía. Al llegar a la puerta del edificio se encontró con Berta, bajando la mirada la saludó fríamente. No estaba en sus planes mostrarse vulnerable, pero su angustia era desobediente, irritaba su imprudencia.

Las horas comenzaban a moverse lentamente, tanto que por momentos el paso del tiempo se hacía imperceptible: la hora deseada se hacía esperar; desesperadamente, miraba el reloj, necesitaba pensar una estrategia, porque se transformaría en espía, debía volverse invisible y preparar el temperamento para lo que pudiera suceder. Gerónimo no sabía si estaba preparado para conocer la verdad, o al menos esa verdad que él imaginaba, en la que ha pensado largas noches, torturado de vigilia.

Finalmente, eran las 18 horas, cada uno se levantaba a su tiempo, se ordenaban los últimos papeles, casi todos terminaban en el cesto de basura, hechos un bollo, contenedores de equivocaciones. Era el momento de salir, Gerónimo aún se encontraba indeciso, pero no podía echarse atrás ahora, ¿había pasado todas estas horas de angustia para finalmente arrojarlas al cesto de basura?

Entonces, se apresuró en dejar todo en orden, sin dejar de mirar un segundo a Berta y examinar cada uno de sus pasos, esperando el momento justo para comenzar la persecución, tal vez en ese acto encontraría las respuestas que aquel papel amarillo le habían negado, todo podía ser, lo impredecible no era novedoso, pero aun así Gerónimo luchaba por desacreditarlo.

Salieron de la oficina, ella había partido unos instantes antes que él, tiempo necesario para disimular sus intenciones, aun sabiendo que corría el riesgo de perderla de vista al cruzar la puerta. Berta caminaba despreocupada, se había soltado el cabello, al llegar a la esquina se detuvo, observando a ambos lados, dio un paso adelante y cruzó la calle, sacó su celular de la cartera, aminorando la marcha comenzó a verificar su casilla de mensajes, entraba en la red, se contactaba con la cotidianidad de las personas, que liberaban pensamientos que de otro modo no podrían expresar.

Mientras tanto, Gerónimo iba por detrás, en un momento sintió que se tomaba muy a pecho este rol de espía amateur, una adrenalina lo movilizaba, y en el fondo de su ser parecía desear una verdad dolorosa, tal vez porque no soportaba saberse errado.

Tal vez era parte de ese sentido fatalista, de esa

necesidad de corroborar la existencia bajo la crueldad del fuego romántico, que siempre encienden los espíritus tristes.

Ya nada encontraba mayor sentido, nada era el mundo si ella daba el tiro de gracia a un sujeto que ya agonizaba de antemano.

Entonces, se detuvo detrás de un cartel en medio de la vereda, volvía a respirar, observaba a la gente enloquecida, pasaban como hormigas huyendo de su hormiguero en llamas, la respiración se hacía una dificultad, su agitación en aumento parecía superar el ruido de una ciudad que lo rodeaba, que lo aislaba, lo ignoraba, lo devoraba.

Nuevamente miró a Berta, nuevamente quiso verla, seguirla, descubrirla. Pero allí fue donde surgió otro obstáculo aún más devastador que la ciudad, ella se había detenido ante la parada del colectivo, dispuesta a esperar, sin plantearse algo tan natural como perder el tiempo en algo tan improductivo como esperar, aunque ya no era sólo su espera.

Ver pasar los minutos sin saber qué hacer, cómo podría seguirla sin ser visto, cómo volverse invisible ante sus ojos, cómo podría Berta no volverlo a notar. En ese momento pensó, pensó tanto que algunas gotas de sudor

comenzaron a bajar por sus sienes, con cada gota se llenaba el vaso y nada surgía claro, ni una idea, nada.

Por fin, a lo lejos se divisaba un 115, allí estaba en camino, una cuadra más y la aventura llegaría a su desenlace, torpe, sin sentido, aventura del cuerpo, aventura de tres cuabras.

En los ojos, un reflejo negro y amarillo le marcaba el rumbo, estiró la mano, apresurado, acortando frases, repitiendo lo repetido. Persecución cinematográfica. Un taxi, un *sigase colectivo por favor, no lo pierda de vista, acelere*. Allí estaba Gerónimo embarcado a lo desconocido, la ciudad y su vorágine, el viento en su rostro, todo se cubría de hollín, su vista se nublaba en lágrimas, y la noche lo perseguía a él, cada vez más cerca, más mala, deseosa de oscurecer el tiempo, de ser el aguafiestas de tan extraño momento.

El sacrificio de llegar a ningún lugar fue doblemente desalentador; ella bajó, él bajó, ambos bajaron, arribaron al mismo espacio, concretando momentos diferentes. Ella encontraba su puerta acogedora, él un muro de silencio, tal vez la muerte, tal vez la esperanza, la respuesta y la incógnita bajo una misma luz.

Los techos escalonadamente se perdían en la perspectiva de sus ojos, la calle se deformaba en lejanía,

la vereda ni ancha ni angosta, con arbolitos aquí y allá, una luz, metros de penumbra entre poste y poste, sombras alargadas, que volvían al punto de partida para volver a resurgir, los foquitos, los primeros en recibir a los visitantes parecía desfallecer, mezquinando luz.

Sus ojos mendigaban entonces, pisando baldosas flojas, buscaban la meta, ella caminaba, transitaba, su casa estaba donde siempre estuvo, pero él nunca lo supo, era lo mismo 10 o 2 cuabras, daba igual, la eternidad no tiene dimensión, nadie ha tenido la suficiente lucidez de determinarla, la eternidad es relativa, simplemente no se sabe lo que es, se confunde con la imposibilidad, se hace adjetivo, excusa, declaración.

Gerónimo sentía la eternidad, era como un vacío difícil de llenar, se encontraba siguiendo a una mujer, en una eterna desolación, en un paisaje particular, que era una especie de no lugar repetido: calles, paredes, ventanales, misterios internos, indescifrables, también detrás se ocultaba su verdad, aquello que Berta era, aquello que Berta debía ser.

La puerta se cerró, Berta había desaparecido nuevamente detrás de ella, allí se quedaba Gerónimo, sin verdad, sin espacio, sin respuesta. Un hombre buscando algo hasta volverse loco, sólo una cosa, “la verdad”,

Gerónimo quería la verdad, creía saber la verdad, lo impulsaba la verdad.

Recorrer el camino inverso, pero esta vez todo sucedía como si tan sólo despertara de un horrible sueño, los ojos veían entre nítido y nebuloso, su cuerpo estaba fatigado, creía llegar a un punto que no resultaba el esperado. Cansado, con un día sin sol a cuestas, que sólo lo perturbaba y no le ofrecía nada.

Finalizan los días de 2012, el cubo se ha alborotado, se ha vuelto un gran murmullo, el día de los festejos, el día en que los oficinistas convierten la ciudad en un enorme basurero urbano.

Los papeles, los papelitos, los retazos de colores, los blancos, los amarillos, los celestes, una lluvia multicolor.

Todo está organizado como un gran ritual, cada año, cada final de año es igual, es la tradición que perdura, sin modificar ni fechas ni horarios, todo sucede nuevamente y Gerónimo es parte de eso, pasivo casi ausente, recoge sus cosas para salir lo antes posible de aquel infierno, donde los papelitos sólo reavivarán el fuego. Condenado a la hoguera, alimentando la pirca que va a consumirlo todo en llamaradas rojizas, anaranjadas, azuladas, negras.

En su cabeza resuenan los cuatro violines, el azar, la desgracia, la infinita necesidad de volar, todos parecen haberse olvidado de él, incluso Berta está sonriendo, entusiasmada, recogiendo papelitos amarillos, esos silencios aterradores que han enloquecido a Gerónimo, han abierto la duda, han infectado la herida. Hoy esos papeles volaran por los aires.

Los minutos se aceleran, el corazón palpita desbordando su ánimo, se para frente a la ventana, todos

están listos, todos están observando el vacío, ese vacío que pronto va a ser llenado con basura, con una alegría efímera. Comienza la cuenta regresiva, entonces el espacio se agiganta, el deseo se vuelve veneno, cuando todo estalla por los aires, la vida se vuelve un trozo de papel. Gerónimo siente el aire pero no lo toca, mira el fin pero no lo alcanza, sueña con la felicidad pero no la obtiene.

Se cierra la puerta, el cubo oscurece, ya se han ido todos, también Berta, también ella. Un murmullo, el silencio, el último refugio, donde nunca estuvo donde siempre supo que estaba, un claro entre la puerta y la nada.

Aquel domingo



## **Aquel domingo.**

Un domingo cualquiera- dijo don Pascual.

Esa tarde, aquel domingo de agosto, día ventoso como ninguno. Aurelia fue a casa de su vecina pero en el camino, el aire trajo algo, un olor agridulce. Entonces ya no pudo avanzar, estaba varada entre dos espacios.

Aurelia era la mayor de tres hermanas que habían vivido, desde su primer día de sol, en aquella casona campestre. Toda su infancia estaba guardada en aquellas paredes, en los rincones de la casa había una parte de su ser. Crecieron viendo a sus padres trabajar, discutir y disfrutar de tardes familiares, bajo la parra del patio.

Los años fueron consumiendo las edades, y la adolescencia se volvió dolorosa. Una noche entera había llorado viendo a su padre consumirse en la cama, sin más remedio que la compañía de su madre. Aurelia odiaba las noches, que siempre llegaban con aroma a despedidas y sabor de lágrimas, que se habían vuelto ácidas. Finalmente, aquel 14 de mayo, su padre las dejó. Su madre ya no podía llorar, ya estaba seca y sus ojos quedaron tristes para siempre.

Esa noche, llegó a la casa la abuela Berta, ella las iba a cuidar, mientras su madre se reponía de su luto,

pero la angustia se volvió una rutina y poco a poco, su madre dejó de salir del cuarto. Cuando se aparecía por el comedor, las tres jovencitas, que ella miraba con asombro, le daban un beso en la mejilla. Pero eso duraba unos minutos, porque ella buscaba su jarra con agua y volvía a su sepulcro.

Los días de verano, solían verla más seguido, porque el calor la obligaba a consumir más agua pero en invierno era casi imposible entablar una conversación con ella. Muchos pensaban que deberían haber entrado antes, que deberían haber hablado con ella para sacarla de aquella depresión, pero la verdad es que ya habían naturalizado aquella conducta, aceptaron que la casa quedaría sumida en la más profunda tristeza y su habitación, oscura y húmeda, ya no era un sitio propio de ésta. Se había vuelto invisible y así día tras día, se iban olvidando de su madre.

Los años pasaban, y llegó el día que la abuela Berta enfermó y sus tres nietas tenían que ayudarla, Aurelia no había terminado la escuela, pero ya se había vuelto lo suficientemente grande para hacerse responsable de la casa, de sus hermanas, de la abuela y si aún estaba con vida, de su madre.

Una tarde, estaban sentadas en el patio, bajo

aquella parra estéril que nadie había querido sacar de allí.

Entonces, de súbito, le dije a sus hermanas: - Debemos entrar en aquel cuarto y abrir aquellas ventanas.

Ellas se miraron con un gesto de duda, sin embargo, le dieron la razón.

-Vamos ahora mismo- les dijo.

-¿Tú crees que ella querrá vernos?- preguntaron incrédulas.

-Necesitamos saber qué sucede allí dentro, ella sólo sale por las noches y nunca somos capaces de enfrentarla- respondió con firmeza.

-Bueno Aurelia, estamos de acuerdo contigo pero tenemos que ser conscientes que no vamos a encontrar a nuestra madre, esa que un día entró allí para no ver nunca más el sol.

-Eso lo sé, aun cuando me duela tanto aceptarlo, pero no perdamos el tiempo- sus voz sonó algo alterada pero estaba decidida.

Automáticamente, se dirigieron a la habitación de su madre. Cuando llegaron a la puerta, pudieron percibir un olor nauseabundo, el encierro y el olvido habían hecho su trabajo. La suciedad, el olor a encierro, la humedad que copaba las paredes, todo eso había permanecido allí,

sin que nadie se atreviera a quitarlo.

Sin embargo, allí estaba esa mujer, pálida, delgada y perdida en un punto del mundo, tal vez paralizada en ese 14 de mayo. Permaneció en silencio y así también lo hicieron ellas, la observaron, con un rostro entre triste y asombrado, porque estaba allí sentada en una cama que el tiempo había petrificado, donde cada adorno de la cómoda permanecía como una escenografía inamovible.

Sus ojos habían perdido el color y la ceguera de su oscuridad, habían transformado aquel bello rostro en una imagen cadavérica y escalofriante, pero aun así comprendieron que era su madre. Miró a sus hermanas y con un leve movimiento de cabeza las impulsó hacia delante, se acercaron, se sentaron junto a ella, se atrevieron a tomarle las manos, sin pensarlo, Aurelia la abrazó, y comenzaron a llorar su llanto, a sufrir su soledad, a creer que el tiempo les había quebrado las extremidades.

Después de unos minutos, un aire fresco inundó la habitación, y comprendieron que finalmente se había ido. Porque el tiempo había tenido la osadía de enfrentarla, le había puesto en frente tres mujeres, tres desconocidas, que nunca había visto, que le mostraron que a pesar de sus anhelos nunca pudo retener el pasado.

Aquella tarde Aurelia quedó atrapada en ese

último recuerdo, inmóvil en esa vereda, comenzó a llorar, sintió que esa historia le había oprimido el alma, pero en ese instante se dio cuenta que le dolía, que la presión le quitaba el aire.

Entonces supo que ese domingo no era un domingo cualquiera, porque se dio cuenta lo mucho que había olvidado a su madre.



En stand by



## **En stand by.**

Recuerdo haber mirado por la ventana varias veces y al correr la cortina, respiraba grandes bocanadas de ese aire fresco con aroma a lluvia de verano.

Este verano era atípico, había llovido más de lo habitual, y siempre recuerdo la voz de mi madre en los días de calor, “*nos vamos a quedar sin agua, el fin del mundo va a ser con fuego*”, pero este verano al parecer nos íbamos a ahogar primero.

El sonido de las gotas me relajaba y me hacía pensar mucho, a veces me preocupaba, porque mi mente era un constante remolino de cosas, un alboroto de pensamientos que me quitaban el sueño o me angustiaban, pero esta vez pensar era fluir, me dejaba llevar como una hoja es arrastrada por la corriente de agua en la orilla de la vereda.

En medio de aquella paz, donde dormía toda la casa, hasta la perra se había acomodado en su colchoncito, disfrutando de un sueño inalterable; allí estaba yo, con el mate y un libro de cuentos, la lectura era fabulosa, rica, era un alimento de lo más saludable, era un sueño creciendo dentro de mí.

En ese momento la lluvia comenzó a ser más

violenta, con la ayuda del viento que la empujaba con destreza contra las paredes y los techos, como avisando a gritos su persistencia a lo largo del día. Con el impulso del agua llegó el impulso de escribir, porque las palabras se agolpaban con la violencia de las gotas, se desordenaban y mezclaban en historias con comienzos confusos, a veces no encontraban personajes, ni tiempos, otras veces se frenaban ante grandes abismos como lo eran las páginas en blanco, no obstante, estaban allí punzantes, por momentos dolorosas.

Tal vez sólo tenía que encender la computadora y comenzar, así que sin perder tiempo y por temor a que las palabras se cansaran, lo hice y comencé una historia, primero sin título, pero allí estaba Matilde mirándome desde la hoja, inmóvil, a la espera de las posibilidades de un destino que tan sólo yo conocía, es así que puse mis manos a la obra porque respirar era tan importante para ella como para mí.

Entonces Matilde comenzó a ser una niña, de unos 11 años, menuda, de tez trigueña, con unos grandes ojos negros. Ella vivía en un pueblo, donde las siestas se dilataban en un extenso silencio, atravesadas por el sonido de las sierras metálicas de los insectos.

Se me cruza por la cabeza el olor a mandarina

y el placer de un enorme patio lleno de rincones para jugar y esconderse, cuando la casa se llena de parientes y los primos se convierten en un sólo rumor de risas y corridas polvorientas. En ese instante, la pequeña Matilde cuenta apoyada en la pared de la galería, escuchando algunas risas a lo lejos, mientras su madre y sus dos tías conversan sentadas en unos sillones de mimbre, que habían pertenecido a su abuela Esmeralda.

38, 39 y 40, *el que no se escondió se jodió*, entonces comienza la búsqueda de los primos por todo el patio, ya que una de las reglas impuestas, sobre todo por su mamá, es que no pueden esconderse dentro de la casa, pero ésta tiene la ventaja de tener un gran patio aunque también tiene pasillos en ambos laterales, por lo que se la puede rodear y girar indefinidamente, como cuando se juega a la popa alrededor de una mesa.

En ese instante un trueno invade la melodía tediosa de la lluvia y me altero pensando en que puede cortarse la luz, la historia se interrumpe y Matilde queda en *stand by*.



Del otro lado del  
andén



## **Del otro lado del andén.**

Aún bajo los efectos de la agitación y el apuro llegué al andén, en esa hora pico que el mundo desearía no conocer. Pero allí estaba finalmente, después de unas largas 9 horas de trabajo en esta ciudad abarrotada de existencias.

Me encontraba parada, mirando la nada, como suelo hacer cuando estoy agotada y no quiero pensar. Ese espacio sin importancia estaba al otro lado, en el andén contrario. Sorpresivamente, un rostro me regresó a la realidad, era un rostro conocido, creí haberlo visto en mi adolescencia, me dispuse a observarlo mejor, porque el tiempo imprime lo suyo, pero definitivamente era él, el tío Antonio.

Más viejo, con una tristeza más acentuada en sus ojos, parado allí como fuera del tiempo, esperando el tren en la dirección contraria y yo observándolo, casi desde el otro lado del océano, es como si siempre fuera a escaparse de la familia.

El tío Antonio, era uno de los nueve hermanos de mi abuelo, justo el que tuvo la mala suerte de estar en el lugar y el momento equivocado. El campo era un lugar tranquilo, pero justificaba la tenencia de armas, el rifle,

la carabina, siempre había algo que cazar y llevar a la cacerola, liebres, vizcachas.

Pero la inocencia terminó de abandonarlo aquel desafortunado día. Eran jóvenes, sí, ese hombre que ahora veo del otro lado a punto de subir a un tren, que viajará en dirección contraria, era joven, alegre, los dos eran así, él y su hermano.

Aquella tarde, el calor y la siesta en el campo, habían permitido a los viejos dormir un rato al reparo del techo de paja, sintiendo la frescura que daba aquel piso de tierra, que la vieja mojaba un poco antes de acostarse. El aire circulaba en aquel cuarto y el silencio tenía un nuevo sonido, la brisa entre las hojas de los eucaliptus, el ajeteo de gallinas y pavos que transitaban de un lugar a otro, cada cosa imponía su propia melodía. Poco a poco se caía en un sueño placentero, que difícilmente puede compararse con mis sueños filtrados por bocinas, sirenas y malos olores.

Mientras tanto, los jóvenes no descansaban, jugaban y correteaban, hacían travesuras y comenzaban a hablar de las chicas, con las que habían coqueteado en el último baile patronal. Sin embargo, allí también planificaban las salidas nocturnas, se marcaban en la tierra las vizcacheras y también las estrategias, se probaba la

puntería pero sin gatillar nunca, hasta esa tarde.

¿Qué habrá estado pensando Antonio mientras esperaba el tren? Este recuerdo que yo evoco ¿habrá sido una pesadilla recurrente en su vida? Porque esa tarde, en aquel galpón donde se guardaban las herramientas, vino a visitarlo la desgracia. Él estaba manipulando la carabina como de costumbre, jugando a ser quién sabe qué personaje, ya que eran humildes y el pueblo más cercano eran apenas algunas casas bajas y un par de almacenes, sin cines que alimentarían sus fantasías heroicas. Estaba en posición de tiro, con el ojo izquierdo cerrado y el derecho visualizando el animal, se movía sigilosamente, acechando a la presa como un puma, caminó unos pasos al costado, tuvo una extraña sensación, se le nubló la vista, sudó helado y el estampido lo aturdió, el olor a pólvora le produjo náuseas y en su mareo vio caer un cuerpo, que minutos antes había sido un punto oscuro en medio del umbral de la puerta, el sol lo había cegado, por lo que sólo había visto un bulto negro sin rostro.

Cuando logró reponerse, corrió asustado y resignado a cargar una culpa inmensa en sus espaldas, llegó ante el cuerpo de su hermano, el menor, que tenía sangre en el pecho y gritaba de dolor. Antonio había perdido la noción del tiempo y no sabe en qué momento

llegaron, pero ya estaban junto él los otros hermanos y los viejos. Su madre tranquila pero sabia dijo sólo unas palabras:

-A visto mijo, que yo le he dicho muchas veces que las armas las carga el diablo.

Ese día, su hermano sólo sufrió un rasguño, la bala rozó una de sus tetillas, pero en su mente la culpa le replicaba que podía haber sido peor y hoy estaría con el corazón de su hermano menor clavado en la frente, recordándole que lo había herido como a un animal.

“Mi Antonio”



## “Mi Antonio”

La tarde llegaba a su fin y el frío se colaba por las fisuras de la puerta. Unos niños jugaban a lo lejos, gritaban y los teros parecían responder en coro, tras el eco de las palabras.

Antonio había partido lejos, buscando un pasado incierto y ella se había refugiado en una soledad espesa, como la niebla de las mañanas en ese descampado frente a su casa. Josefa había aprendido a vivir con poco, su huerta, sus gallinas y una renta que llegaba del campo, herencia de un tío soltero y desdichado.

Ella sabía bien que nada nuevo pasaría en su vida, resignada aceptaba su ausencia, y muy en el fondo de su ser, pensaba en el destino de su Antonio.

El tormento empezó un día de enero, tal vez por influencia del calor y el sofoco, Antonio encontró en un sobre una partida de nacimiento comida por los bichos y el olvido, en ella había dos nombres y medio apellido, Jorgelina Ramona Mon... Antonio llevaba el apellido de una familia que lo crió en el campo, dos ancianos que llevaron el secreto al más allá, dejando una historia inconclusa.

Una tarde, husmeando entre las porquerías

almacenadas en un cuartucho, en el fondo del patio, Antonio halló una caja de madera con la tapa labrada, que había traído de la casa de sus padres cuando se casó con Josefa. En ella abundaban papeles viejos, humedecidos, pero el sobre le llamó la atención porque tenía una inscripción “Mi Antonio”. Fue así que él descubrió parte de un pasado que nunca había sospechado, el papel decía Antonio Uriel hijo de doña Jorgelina Ramona Mon... y un gran vacío ocultó su verdadera identidad.

¿Qué dudas le comían los pensamientos? ¿Qué importaba ahora eso, si esa mujer seguramente estaría muerta? ¿Por qué él querría conocer ahora su pasado y olvidar su presente con ella? Esos interrogantes golpeaban su pecho cada noche mientras lloraba en su cama, sintiendo el frío que antes mitigaba el cuerpo de su esposo.

Dos días después de su descubrimiento, Antonio viajó a su pueblo natal, eran unos 40 km de pura adrenalina. Necesitaba volver a la casa de sus padres, hablar con los vecinos, preguntar datos al hombre más viejo de pueblo, aunque nada quedaba ya de aquellos tiempos, sólo don Belisario, un hombre con la piel marcada por el trabajo al sol, los ojos hundidos detrás de unos pómulos huesudos, las manos temblorosas y unos labios apretados por la falta

de algunos dientes. Él era el más viejo de sus habitantes con una memoria que había olvidado más de lo que Antonio deseaba, pero aun así era menester interrogarlo, algún recuerdo desordenado se escaparía de su boca.

-¿Conoció usted a una mujer llamada Jorgelina?

-preguntó esperanzado Antonio.

El viejo lo miró un rato, como hurgando en su memoria, masticaba algo entre sus dientes escasos.

-Jorgelina..., Jorgelina..., sabe usted que han cambiado muchas cosas por aquí, pero algunas cosas del pueblo se mantienen, como las historias- el viejo hizo un silencio, como si hubiera tenido una ausencia.

Antonio se puso nervioso, estaba ansioso y no podía soportar la parsimonia de este hombre.

-¿Usted recuerda a don Francisco y doña Juliana Quinteros? Ellos eran mis padres de crianza, pero tengo una madre de sangre que no conozco y se llama Jorgelina- Antonio le declaró a don Belisario el porqué del interrogatorio.

El anciano siguió mirándolo pensativo y de un momento a otro exclamó:

-¡El niño del galpón! Tú eres el niño del galpón de los Quinteros, ahora lo recuerdo- y su voz se volvía

pastosa y lenta.

-Entonces ¿Usted recuerda quién era mi madre?  
¿Sabe si ella vivía allí con los Quinteros?

-En un tiempo vivía una jovencita, con los cabellos enrulados, nadie sabía de dónde había venido y tus padres tampoco decían nada, ellos eran tan huraños que los vecinos habíamos optado por no insistir. Pero esta joven iba al pueblo algunas veces, compraba en el almacén de los Rocati y volvía en el sulqui al campo, sin detenerse.

Antonio interrumpió el relato y volvió a insistir con el interrogatorio:

-¿Se llamaba Jorgelina esa joven? ¿Usted recuerda su apellido? Jorgelina Ramona Mon... ¿Usted recuerda su nombre completo?-una gota de sudor llegaba a la comisura de sus labios obligándolo a callar, buscó un pañuelo en el bolsillo trasero de su pantalón, luego secó su boca y el resto de su cara, que estaba roja y brillante.

Don Belisario, estático en un tiempo desconocido, levantó una mano como señal de recordar alguna cosa y siguió rememorando los tiempos de aquel pueblo con pocas casas y calles polvorientas, por el trajín de los caballos.

-La jovencita era un misterio, pero creo que se llamaba así, tus padres habían dejado instrucciones en el

almacén para que don Paco le entregara la mercadería a la niña Jorgelina y después ellos venían a fin de mes a pagar la deuda. Pero un día, notamos con el almacenero que la joven no había venido por semanas y tu padre había venido más veces que de costumbre. Y bueno, pasaron los meses, nadie se animó a preguntar nada y simplemente llegó un día doña Juliana con un niño en brazos.

-¿Pero nadie le preguntó nada?- aumentaba su indignación y el tono de su voz se volvía inquisidor.

- Mijito los chismes comenzaron a circular, el murmullo se volvió tan fuerte, que podía sentirse desde el campo de tus padres, por eso un día tu padre vino al almacén y nos contó que Juliana estaba muy ocupada cuidando a un niño, que habían encontrado abandonado en el galpón de las herramientas y que habían decidido adoptarlo porque su mujer quería ser madre y nunca lo había logrado. Allí terminó su historia, tomó sus petates y se marchó- nuevamente regreso el silencio en aquella minúscula cocina.

Antonio llegó un día con esa historia, inquieto y siempre pensativo, parecía estar siempre organizando algo. Josefa odiaba sus ausencias, sus silencios, ella tampoco estaba muy interesada en recobrar ese pasado. Ahora se lamenta algunas veces, cree que hubiera sido

mejor acompañar a su esposo, pero sabe que no habría soportado tanto deambular, sufrir tras cada puerta que se cerraba y el empecinamiento de Antonio, que a pesar de no hallar nada seguía en su carrera loca.

Don Belisario, tomó el mate y puso la pava al fuego, sin decir nada más sobre el asunto le preguntó:

-¿Quiere un mate mijo?

En ese momento la temperatura parecía aumentar unos diez grados, la casucha era sofocante a pesar de la brisa que entraba por las ventanas. Salió de allí casi sin emitir palabras, saludó al viejo con un gesto breve y se encontró con un pueblo grande que no le contaba nada. Recorrió algunas calles, fue hasta la municipalidad con esa partida de nacimiento inconclusa, se presentó ante una jovencita que estaba del otro lado del mostrador y casi como un ruego le preguntó:

-¿Hay registros de los nacimientos que se produjeron entre 1935 y 1945?

La joven lo observó un instante, e hizo un gesto con su boca y su rostro antes de decirle que muchos de los registros se habían perdido con la inundación en 1960. Tal vez algo quedaba en un depósito, pero ella no podía asegurarle nada.

Josefa hace un tiempo había intentado rastrear a su

esposo, volvió al pueblo para saber si él estaba establecido allí, preguntó en algunos geriátricos, en la policía y hasta en el registro civil, tal vez había tenido algún hijo durante ese tiempo. No logró encontrar nada, se resignó a la idea de la muerte, revisó los obituarios y las noticias policiales de años anteriores, tal vez Antonio perturbado se habría suicidado. Todo fue en vano, la tierra y el tiempo se lo habían tragado.

Antonio pidió que buscaran en los pocos registros que quedaban, suplicó revisar esos papeles, pero la respuesta fue que eso llevaría un tiempo y tendría un costo. Nada de eso importó, entonces las secretarías tomaron nota de los datos de la partida y fotocopiaron su D.N.I actual, pero ante todo le dijeron que era poco probable llegar a esa información, que no se hiciera demasiadas ilusiones y así lo mandaron a esperar una respuesta que tardaría entre 10 y 20 días.

Regresó a casa abatido, Josefa le preguntó si estaba bien y si había encontrado lo que buscaba, sus ojos tristes lo dijeron todo y luego se marchó a la cama sin probar bocado.

Como aún no tenían teléfono, ya que era un lujo que no podían darse en esos tiempos, Antonio viajó nuevamente al pueblo, estaba gastando más de

lo que podía, pero aun así, estaba tan ensimismado en su búsqueda que no reparó en las necesidades diarias a las que había obligado a vivir a Josefa y a él. Entró en la municipalidad con aire esperanzado, ansioso, con un cosquilleo en su pecho, deseaba entrar a la oficina del registro para encontrarse con su verdadero pasado, parecía que más que un nombre completo iba a encontrarse con su madre en persona, ¿Cómo sería esa mujer? ¿Él se parecería a ella? ¿Estaría feliz de hallarlo después de tanto tiempo?, los interrogantes eran remolinos en su cabeza, lo mareaban, oscurecían su mirada, sentía vértigo y el picaporte de la puerta se alejaba a gran velocidad. Sus pies perdieron el suelo, y todo se derrumbó ante sus ojos, tal vez estaba soñando, era una pesadilla de esas que generan impotencia, deseos de despertar o correr en medio de la inmovilidad. Las voces retumbaban ahora y no podía distinguir su origen.

-No señor, no hemos hallado nada, los registros de ese tiempo se perdieron completamente con la inundación, ¿Se siente bien? ¿Quiere un vaso con agua? ¡Señor!

Un sonido espeso retumbaba en su cabeza, parecía haberse sumergido en un líquido viscoso y escuchar una voz robótica. ¿Estaba soñando? ¿Había atravesado

la puerta efectivamente? ¿Llegó ante el escritorio de la secretaria? Ya nada era claro en ese punto y no podía despertar, otra voz se mezclaba y era real.

-Señor ¿Se encuentra bien? ¿Recuerda su nombre?, rápido hay que trasladarlo al consultorio del doctor Cardoso- la voz se volvía más nítida ahora.

Josefa nunca se enteró de lo que pasó aquel día, él no regresó nunca más. Salió de casa esa mañana en busca de respuestas y dejó abiertas miles de dudas, ella no sabría de su paradero jamás, no sabría si encontró su pasado, si él fue hasta el fin del mundo a buscar a esa mujer, si la encontró, si se quedó con ella, si la había preferido en su lugar. Ahora estaba sola, con todo eso que la ahogaba y no podía gritar siquiera, ya no tenía ganas de llorar, como esos yuyos frente a su casa, había dejado crecer la resignación.

Antonio finalmente se reponía en el consultorio del doctor Cardoso, se le había bajado la presión, estaba orinado por completo, con los ojos perdidos sin poder recordar lo que sucedió, tal vez era un olvido voluntario o prefería creer que había sido un sueño y que tenía que volver a la municipalidad para obtener, finalmente, su respuesta. Sin embargo, un sabor amargo en el fondo de su boca le decía que, la respuesta, fue la causante de su

descompensación, ese ¡NO! rotundo lo había noqueado. Permaneció allí todo un día hasta que por solidaridad tuvo aseo y ropa limpia.

Todas las mañanas, ella habría las ventanas, se quedaba parada unos minutos mirando hacia afuera, escuchando los sonidos cotidianos, esperando un grito a lo lejos ¡Josefa! ¡Volví Josefa! Cada día era lo mismo, esperar que se calentara el agua para el mate, cortar unas rodajas de pan casero, ponerse las botas de goma y salir al patio para alimentar las gallinas, regar la quinta, sacar las malezas que crecían entre las verduras. Sus manos estaban curtidas, bajos sus uñas la tierra húmeda había hecho estragos, los años pasaban para ella, para su cuerpo, para su alma taciturna. De tanto en tanto, alguien venía por la casa, que estaba tan desalineada como ella, alguna vecina piadosa o algún chiquillo en busca de verdura. Poco a poco se había quedado sola, casi sin palabras. Todo hubiera sido tan diferente si mi vientre hubiera dado frutos como mis plantas, pensaba Josefa en sus días más desolados. El destino no había querido darle un hijo y también quiso arrebatarle el marido. Un niño hubiera sido un gran compañero para su soledad, tal vez la casa hoy estaría habitada por nietos revoltosos, por fotos y

recuerdos nuevos.

Al día siguiente, Antonio no regresó a la municipalidad, no necesitaba más confirmación que la que ya había tenido, se subió a un colectivo y su paradero se volvió un misterio tan grande como esos dos nombres sin apellido.

Tal vez algo lo había desviado, quizá un dato incierto alimentó nuevamente su búsqueda, pero nada de eso era probable. Tal vez partió a la gran ciudad, como lo hacen todos en busca de un mejor pasar, tal vez su madre había hecho eso y por eso no lo había llevado con ella, no podía exponer a un niño pequeño a esa aventura, pero si eso fue lo que realmente sucedió ¿Por qué no volvió a buscarlo? ¿Nunca sintió ganas de verlo crecido y transformado en un hombre hecho y derecho?

Josefa hoy ha despertado algo indispuesta, su estómago le duele y su ánimo parece haberse quebrado por completo, unas puntadas le quitan el aire y su vista se cubre de neblina. No ve nada más que el rostro de Antonio, estira su mano y lo toca, siente el aroma agrisado de su piel, oye su voz áspera y se detiene a contemplar la casa desde lejos.



Detrás de las nubes



## **Detrás de las nubes.**

Una nube pequeña en el ojo, dijeron los oftalmólogos hace un par de años atrás. Una nube que poco a poco creció, copando el ojo, los dos ojos. El día se volvió noche, la noche se hizo larga, interminable. Pero la falta de horizonte no bloqueó el resto de la visión, no oscureció el espacio que se ve con la imaginación. Es por eso que Marcial, amante de las letras, del picoteo filosófico, de las lecturas avengonzantes pero placenteras, de la escritura con rima, quiso seguir mirando el mundo.

Marcial Reyes, nacido en una familia instruida, que lo acercó a los libros desde temprana edad, estudió un par de carreras que no finalizó, aprendió un par de idiomas que rara vez puso en práctica, no obstante, le gustaba ir al bar y brindar algunos monólogos plagados de erudiciones.

En esos años locos de juventud, Marcial conoció gente, fue militante en el dicho pero no en el hecho, circuló por los pasillos y las aulas de la universidad, trabajó en algunos lugares, asistió a fiestas hippies, algunas de la alta sociedad, asaltos típicos y fiestas under. Pudo contemplar diferentes versiones de ese mundo que lo circundaba.

En medio del ajetreo social conoció a Beatriz

Monte, una muchacha hermosa, dulce, cariñosa, y un sinfín más de adjetivos, que la describían en esos largos poemas acalorados que él le dedicaba. Ella conoció a ese joven impulsivo, verborrágico, conocedor de universos, que pregonaba su carisma y compromiso con el mundo, ese mundo que no había pisado jamás, pero que había leído hasta el punto de creer que podía reconstruirlo con las palabras.

Ella se vio envuelta en sus discursos, sin embargo, había una pasión interna a la que ella no quería renunciar, era soñadora y las palabras fluían de su intimidad, aunque morían allí en los cajones de su roperito antiguo.

Así pasaron los años de noviazgo, parecían encajar a la perfección, entre el palabrerío y el silencio, la fanfarronería y la modestia, el gran Marcial y su humilde compañera. Sin casamiento llegó la convivencia, el departamento austero, el dinero justo, la nube pequeña, un vientre infecundo. La vida en gris, pero con mate y pan con dulce por la mañana. Las charlas, los proyectos, los halagos, las miradas cariñosas y los atropellos de pasión, cada vez menos frecuentes pero infernales.

Marcial no quería callarse, necesitaba decir y registrar, necesitaba unas manos, unos oídos que pudieran dejar su huella. Algunos días decía ante su

dactilógrafa”...la memoria atesora parte de la vida, los momentos felices y los tristes, pero no nos deja elegir los recuerdos y practica, como nadie, el olvido...” y detrás de sus palabras se escuchaba el martilleo de las letras metálicas contra la cinta, que imprimía un papel invisible ante sus ojos...

*El tiempo como una dimensión infranqueable, persistente y abrumadora, y yo, sin más premisas que avanzar, estoy aquí ante tus ojos...*

A la sombra de su nube, Marcial y Bea, como él solía llamarla, narraban sus historias, discutían las ideas, entrelazaban puntos de partida.

Día tras día, las palabras de Marcial fluían hacía el aire que se las llevaba. Bea había recobrado un ánimo impensado, y escribía al ritmo que su compañero imprimía. Era su amada intérprete, vociferaba éste ante sus conocidos.

-Esta hermosa mujer, escribe cuanto yo le dicto- decía Marcial ante sus vecinos.

Ella sonrojada, agachaba la cabeza o simplemente asentía y se marchaba.

Su hogar siempre ordenado, su ropa siempre aseada y perfumada, su colonia de azahares encima de la mesa de luz, toda una rutina diaria que Beatriz no

descuidaba, sin embargo, su mente iba guardando ideas que se agolpaban esperando la hora, el momento del día en que la inspiración empujara a Marcial a narrar. Entonces los sueños de escritor se volvían excusa, mientras ella tejía los suyos al ritmo de aquellas palabras desprovistas de creatividad.

El día que esos textos vieron la luz, porque Marcial no dejaba de vanagloriarse por su talento como escritor, motivo por el que consiguió un editor dispuesto a publicar sus textos fantasmas. Beatriz, sintió una sensación doble, la emoción de escuchar un alago tras otro, aquellos escritos habían resultado ser un verdadero hallazgo, sin embargo, nadie reparaba en ella, porque su nombre no figuraba más que en los agradecimientos. Tan oculto estaba ese don, tanto miedo sentía de ser quien quería ser y ahora, que todo le había demostrado que sus temores eran infundados, ahora ya no había vuelta atrás, su compañero se llevaba todos los elogios y ella se quedaba con sus emociones atragantadas.

Los años y sus letras, hicieron de Marcial Reyes un escritor consagrado, un ejemplo de superación, todos admiraban las maravillas que había creado ese escritor ciego, la lucidez de sus textos, y miles de celebraciones más. Era un autor faro, que imponía un estilo literario

particular. A veces, dudaba de sus palabras, los entrevistadores y críticos citaban fragmentos que no podía reconocer como propios, pero su orgullo y su posición no dejaban que reconociera o investigara el porqué de este fenómeno. Así se deslizaba su vida, y su querida Beatriz, siempre fiel. Muchas veces había pensado abandonarlo, pero no podía culparlo, su ignorancia era genuina así como su propio engaño, ella había sometido a Marcial a esa mentira.

Con una trayectoria incuestionable, Marcial se despedía poco a poco, no sólo sus ojos estaban nublados, su mente ya no respondía a los deseos de su amada. Una mañana de otoño, Beatriz comprendió que ya había terminado el sueño, la ficción llegaba a su fin. Con su mano apretada fuertemente contra su pecho, ella entre sollozos, simplemente, pudo decirle *gracias*.



## ÍNDICE

Cubo blanco .....	11
Aquel domingo .....	35
En stand by .....	43
Del otro lado del andén .....	49
“Mi Antonio” .....	55
Detrás de las nubes .....	69



Este libro se terminó de imprimir  
en el mes de agosto de 2018  
en Imprenta Dorrego S.R.L.  
Buenos Aires.  
Argentina.